

TESTIMONIO SOBRE LA GUERRA EN LA SAGA JUDEOESPAÑOLA *CAMINANDO Y HABLANDO. LA HISTORIA REAL DE UNA FAMILIA SEFARDÍ* DE HARRY MORENO

Resumen: En el estudio se analizan las memorias relacionadas con las dos guerras mundiales recopiladas en el libro *Caminando y hablando. La historia real de una familia sefardí* de Harry Moreno. Los avatares bélicos de la familia del autor no son tema principal de la saga, sin embargo, constituyen un interesante testimonio, proveniente del ámbito sefardí, sobre los tiempos de las dos contiendas en la Europa Central. La Primera Guerra Mundial resultó ser para los protagonistas una oportunidad de enriquecerse, a pesar de las dificultades y peligros vinculados con la proximidad del frente y el paso de las tropas. Las memorias sobre la Segunda Guerra Mundial atestiguan cómo los familiares lograron escapar del exterminio nazi aunque muchas veces su situación parecía irremediable. Además, constituyen un documento sobre el sistema de represión impuesto por los alemanes a los países ocupados y aliados con ellos, y también sobre la actitud de la parte no-judía de la sociedad hacia sus compatriotas de origen hebreo. Algunos fenómenos se comparan con los que tuvieron lugar en las comunidades askenazíes polacas bajo la ocupación hitleriana. El artículo está precedido por un estudio sobre el conocimiento de la historia y la cultura sefardíes en Polonia.

Palabras clave: sefardíes, askenazíes, guerra, Holocausto, testimonio

Title: Testimony about the War Experiences of Sephardic Jews in the Saga *Caminando y hablando. La historia real de una familia sefardí* by Harry Moreno

Abstract: The paper analyses the I and II World War memories in Harry Moreno's book *Caminando y hablando. La historia real de una familia sefardí*. The war experiences of Moreno's family are not the main plot of his book, yet they bear interesting testimony about different sephardic fates in the Central Europe during both two wars. For the heroes of the book the I World War turned out to be an opportunity to minister and accumulate their wealth, despite a number of obstacles concerning closeness of the front line and military actions. However, the II World War memories tell the story about how the family members hardly managed to avoid extermination from the Nazi. Moreno's book can be treated as a document showing the system of repression imposed by the German in the countries both occupied and allied with them; it also gives an evidence about the attitude of non-Jewish parts of society towards Jews. In the paper, some aspects of it have been compared to the situation of Ashkenazi Jews in Poland under Hitler's occupation. The article opens a wider study regarding the knowledge of history and culture of the Sephardic Jews in Poland.

Key words: Sephardic Jews, Ashkenazi Jews, war, Holocaust, testimony

1. EL CONOCIMIENTO DE LA CULTURA JUDEOESPAÑOLA EN POLONIA

Es sabido que el exterminio de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial contribuyó a la disminución de esta etnia en Europa, pero además puso fin a muchas de las comunidades judías que en la primera mitad del siglo XX se desarrollaban en nuestro continente con bastante vivacidad. Después de 1945 y sobre todo desde el momento en que le fue otorgado el Premio Nobel a Isaac Bashevis Singer, cuando la conciencia de esa gran pérdida se hizo patente, empezó a crecer el interés por todo lo que estuviera en relación con el tema judaico, tendencia ésta que sigue siendo igual de fuerte en el presente como lo fue en el pasado.

A partir de entonces se han publicado numerosos libros al respecto. Unos –tales como *Pianista (El pianista del gueto de Varsovia)*, memorias del músico polaco Władysław Szpilman, y *Dziewczynka w czerwonym płaszczyku (La niña del abrigo rojo)* de Roma Ligocka, emigrante judeopolaca que vive en Austria– se centran sobre todo en el período de la guerra, aunque el último relata también la vida posterior de la autora, poniendo de relieve las repercusiones psicológicas de la persecución nazi. Otros asumen el enfoque generacional presentando vicisitudes de la vida de las familias judías a lo largo de uno o dos siglos, como ocurre en *W ogrodzie pamięci (En el jardín de la memoria)* de Joanna Olczak-Ronikier¹, donde se cuenta la saga de la familia Horwitz.

Los títulos anteriormente citados, todos provenientes del ámbito judeopolaco, pertenecen a la narrativa documental, pero además han aparecido numerosas historias del tema judío expuestas en forma de novelas y cuentos (por ejemplo la producción del escritor judeoamericano, nacido en 1904 en las tierras de la actual Polonia, Isaac Bashevis Singer, Premio Nobel de Literatura en 1978; la del húngaro Imre Kertész, premio Nobel de Literatura en 2002, o la del polaco del origen judío Julian Strykowski).

Algunos han intentado recrear, a menudo con tono de nostalgia, la memoria de la vida de las comunidades hebreas de anteguerra desaparecidas para siempre con el Holocausto. Son de gran valor los testimonios de los propios judíos; no obstante, los mismos motivos aparecen también en la literatura de los autores de origen no judío. Sólo para dar un ejemplo evoquemos las novelas *Początek (La bella señora Seidenman)* y *Msza za miasto Arras (Misa por el pueblo Arras)* de Andrzej Szczypiorski. La primera narra la historia de una judeopolaca que, gracias a la ayuda de sus amigos de Varsovia, logró sobrevivir a la ocupación nazi, aunque tuvo que abandonar Polonia en 1968, forzada por el régimen comunista. La segunda se sirve de un episodio histórico que tuvo lugar en Arras a finales del siglo XV, con el objetivo de considerar el tema de la incitación al odio entre distintos grupos étnicos, religiosos o políticos –fenómeno recurrente en la historia y de manera especial vinculado con el pasado judío.

En Polonia se editan casi únicamente libros relacionados con la cultura askenazí, originada en la rama judaica franco-germano-eslava. La forman los hebreos que en la Edad Media habitaban las tierras de la actual Alemania –la cuenca del Rin– y de ahí se disper-

¹ El libro fue galardonado en Polonia con el prestigioso premio literario Nike en 2002.

saron por el norte de Francia, Polonia, Lituania y después, durante siglos, también por otros países europeos y las dos Américas². Además, desde la perspectiva polaca parece que la producción literaria y cinematográfica sobre el tema judío más reconocida en el mundo surge de la tradición askenazí, aunque hay que admitir que fuera de los círculos especializados no se sabe que entre los hebreos existan varias ramas étnico-culturales. En nuestro país la imagen del judío coincide con la de los semitas habitantes de Polonia.

Como en general no hay conciencia del contraste entre las ramas judías, casi se desconoce el concepto de lo askenazí. Es natural, por consiguiente, que no se sepa que gran parte de los hebreos que a partir del siglo XV y XVI se asentaron en África del Norte, Europa Centro-Occidental y el antiguo Imperio Otomano se distinguían de los demás por sus ritos, tradición, costumbres y lengua. Se trata de los judíos descendientes de los que desde la antigüedad vivían en la Península Ibérica³ y en 1492 fueron expulsados de allí por negarse a convertirse al cristianismo.

Así como los askenazíes en la vida cotidiana hablaban yídish, entre los sefardíes hasta la Segunda Guerra Mundial, e incluso más tarde, fue común el uso del judeoespañol, llamado judezmo, equivalente al castellano antiguo con préstamos del hebreo y de lenguas como el árabe, el turco, el griego, las lenguas eslavas de los Balcanes, etc. Los historiadores subrayan dos rasgos principales que diferencian a los sefardíes de los askenazíes: el uso de judezmo y el sentirse oriundos de los antiguos reinos españoles. Mientras que los askenazíes “no integrados” trataban como patria a la Jerusalén perdida, los judeoespañoles “no integrados” compartían esta idea en el nivel religioso, pero en el histórico y político anhelaban su Sefarad perdido, es decir, las tierras hispanas. Por supuesto, hablamos aquí de la conciencia de las comunidades judías antes de su plena asimilación en las sociedades modernas, que en parte se produjo en el siglo XIX y terminó en el XX. Incluso hoy en día los sefardíes en su mitología familiar guardan el concepto de ser originarios de España. Existe la leyenda según la cual muchos de ellos han conseguido preservar a través de las generaciones las llaves de sus casas abandonadas en España, porque creían que quizá algún día podrían volver allí.

A partir de la segunda mitad del siglo XX en Polonia, como en los demás países, se observa el interés creciente por la cultura judía. Entre los eventos dedicados a la divulgación de ésta a veces aparecen unos pocos que surgen del ámbito sefardí, concentrándose prácticamente en conciertos de música tradicional y conferencias dirigidas a un público bastante limitado y en gran parte especializado. Donde está más presente el elemento judeoespañol es en el campo discográfico, que abarca la música antigua o tradicional, grabada sobre todo en el extranjero y por intérpretes extranjeros.

En Polonia se grabaron dos discos enteros de repertorio sefardí. *Pieśni sefardyjskie* (*Canciones sefardíes*, canto: Jadwiga Teresa Stępień; arreglos e instrumentos: Jacek Urbaniak y Ars Nova) constituye el fruto de la investigación de Urbaniak hecha en España

² Los datos acerca de la historia sefardí y askenazí citados sobre todo a base de Bel Bravo (2006) *Sefarad. Los judíos de España* y Pérez (2005) *Los judíos en España*.

³ Se cree que los primeros hebreos llegaron a la Península en la época fenicia y romana, aunque no se indica ninguna fecha cierta. Hay pruebas de que las comunidades judías ya existentes allí fueron aumentando en los siglos I y II d. C., alimentadas por los desterrados de Jerusalén después de la segunda destrucción del Templo en 70 d. C (Pérez 2006: 19-20).

en una época en la cual todavía no llegaba a Polonia la discografía europea de esta área temática. En cuanto a los arreglos, el artista se inspiró en el estilo marroquí de música tradicional, no obstante, invitó a participar en el proyecto a una soprano clásica, ya que no conocía entonces en Polonia a ninguna persona que practicara el canto étnico que pudiera adaptarse al estilo árabe⁴.

El otro disco se titula *Sefarad* (traducciones, arreglos y canto: Zespół Reprezentacyjny) y recoge diecisiete poemas populares vertidos al polaco por hispanistas reunidos por el traductor de literatura española e hispanoamericana Carlos Marrodán Casas. Ellos mismos hicieron los arreglos y cantaron las canciones al son de una guitarra, lo cual parece bastante alejado de las tendencias comunes en la ejecución de la música sefardí, acercándose al estilo del teatro estudiantil. Además, a veces algunas melodías de origen judeoespañol aparecen intercaladas en los discos de música *klezmer* o inspiradas por ella (por ejemplo la canción “Morenica” en el álbum *Alkimja* de la cantante pop Justyna Steczkowska).

Ya se ha comentado que el mercado editorial polaco vive un auge de las publicaciones del tema judío, mayoritariamente askenazí. Una de las pocas excepciones es la antología *Poeci Złotej Ery* (*Poetas del Siglo de Oro*), que recoge poesías de los autores medievales judeoespañoles Yehuda Haleví, Salomón ibn Gabirol y Mosés ben Ezra, traducidos al polaco por Aleksander Ziemny. Hay que mencionar además la novela de Julian Strykowski *Przybysz z Narbony* (*El forastero de Narbona*), sin embargo, parece que la mayoría de los polacos durante su lectura no se dan cuenta de lo significativa que es la diferencia étnico-cultural entre los protagonistas del libro y los hebreos que vivían en Polonia. Tampoco fue la intención del autor poner de relieve esas disimilitudes, más bien se trataba de encontrar una situación alegórica que sirviera para mostrar cómo se comportaba cualquier comunidad al sentir el peligro de ser perseguida.

Un caso muy especial –por la fecha de publicación relativamente antigua y porque el libro une el ámbito askenazí con el sefardí– lo constituyen las memorias del rabino judeopolaco Mordejai Ehrenpreis *Kraj między Wschodem a Zachodem. Podróż Żyda po Hiszpanji* (*Un país entre Oriente y Occidente. El viaje de un judío por España*), publicadas primero en alemán en 1928 y dos años más tarde en polaco. El autor, proveniente de otra rama étnico-cultural hebrea, viaja a España como a la patria de sus antepasados intelectuales y espirituales. Se siente heredero de la excelente obra de los sefardíes, que en la Edad Media contribuyeron no sólo al desarrollo del pensamiento judaico sino también al de la cultura universal, siendo, junto con los árabes, el lazo entre el legado de la antigüedad y la civilización cristiana. Por lo tanto, su viaje a las aljamas asume rasgos de peregrinación a los lugares sagrados del judaísmo, que el autor vive con una gran emoción surgida de la meditación sobre la historia del pueblo judeoespañol bajo el reinado cristiano, la importancia de la experiencia existencial encerrada en la poesía de Yehuda Haleví y Salomón ibn Gabirol y el destino errante común para los sefardíes y los askenazíes.

La temática sefardí también va surgiendo en Polonia al presentar algunos problemas más amplios. Así, en 2006 se ha traducido del alemán el libro de ensayos del austriaco

⁴ Jacek Urbaniak contó la historia de este proyecto el 27 de octubre de 2006 en el programa *Muzycy stulecia* en la emisora Program II Polskiego Radia.

Karl-Markus Grauss *Umierający Europejczycy* (*Los europeos que están muriendo*), donde el primer capítulo está dedicado a los últimos sefardíes de Sarajevo, cuya comunidad va disminuyendo, abandonada por los jóvenes que emigraron a otros países durante la guerra en la antigua Yugoslavia. Aparte de describir su vida, Grauss se fija además en el pasado de los sefardíes en los Balcanes, sobre todo en Sarajevo, proveyendo información acerca de su cultura, la convivencia con los askenazíes y los pueblos balcánicos, así como sobre el período de la ocupación nazi. Es curioso que durante la guerra de 1992-1995 los judíos sefardíes y askenazíes, como las únicas etnias que habitaban esa tierra, pudieran permanecer fuera de un conflicto cuya base fue étnico-religiosa. Los ocupantes no les negaron el derecho a abandonar el territorio sitiado. Ninguna fuerza política tuvo interés por involucrarlos en el enfrentamiento.

Puede sorprender si consideramos que a lo largo de los siglos la diáspora hebrea muchas veces sufrió persecuciones y participó en contra de su voluntad en varios conflictos. En cuanto a las fuentes científicas cabe mencionar el estudio de los historiadores canadienses Joseph J. Levy y Yolande Cohen *Żydzi sefardyjscy – odyseja sefardyjskich Żydów od czasów inkwizycji do naszych dni 1492-1992* (*Los judíos sefardíes: una odisea de los judíos sefardíes desde los tiempos de la inquisición hasta nuestros días 1492-1992*), libro de poca extensión y bastante general, centrado en los fenómenos más significativos en la historia de la diáspora sefardí, que puede considerarse como un buen inicio para difundir el tema en Polonia.

En suma, llama la atención la divergencia entre el amplio conocimiento del legado askenazí en Polonia y la mínima difusión de la materia judeoespañola. Parece que en España la situación es diferente. Es natural que allí los estudios sefardíes dominen sobre los askenazíes, sin embargo los libros y las películas del entorno askenazí sí están presentes en el panorama cultural. Limitémonos al ejemplo de las versiones catalana (2002) y castellana (2003) de *El Pianista...* de Władysław Szpilman, cuya impresión acompañó a la promoción de la premiada (Palma de Oro en Cannes y tres Premios Oscar, 2002) adaptación cinematográfica por Roman Polański.

También en 2002 se tradujo al castellano *Dziewczyńka w czerwonym płaszczyku* de Roma Ligocka. En las reseñas del libro se subraya la relación de la autora con su primo Polański. Es más que probable que la popularidad de los libros en cierta medida se deba al poder difusor de la industria cinematográfica y a la campaña publicitaria relacionada con el lanzamiento de las películas. Sería de gran interés encontrar vías de divulgación de la cultura judeoespañola en Polonia. Es de suponer que los temas sefardíes atraigan al público por su especificidad y “exotismo”, e igualmente constituirán una base de comparación con la cultura de los judíos polacos.

2. LA GRAN GUERRA EN LAS MEMORIAS DE UNA FAMILIA SEFARDÍ DE LOS BALCANES

Uno de los libros cuya traducción al polaco, en mi opinión, podría llenar el hueco relacionado con la ausencia de la literatura sefardí en nuestro país es *Caminando y hablando. La historia real de una familia sefardí* de Harry Moreno. El autor, descendiente

de sefardíes de la diáspora balcánica, nacido en Bulgaria, narra la vida de tres generaciones de su familia en la primera mitad del siglo XX⁵. Apoyándose en sus propias memorias y las de sus antepasados, creó una saga en la cual el destino particular de sus parientes se presenta sobre el fondo de la historia de la región y de toda Europa. La historia influye en la existencia de los individuos y en cierto modo la determina; no obstante, en la novela son los hombres los que pueden formar su vida si saben aprovechar las situaciones propicias y vencer las adversidades. Moreno pone en el centro las actitudes y actividades emprendidas por sus familiares, que contribuyeron a su paulatino enriquecimiento y al bienestar de la familia. A la hora de leer se hace claro el tono de homenaje a su abuelo y sobre todo al padre, cuya filosofía vital, transmitida de generación en generación, les aseguraba una vida buena: honesta, digna, laboriosa y por eso exitosa. No sorprende que el autor, empresario de profesión, aprecie tanto estos valores. Ha asumido tal enfoque no sólo para rendir homenaje a sus predecesores sino también para dejar un *exemplum*, o mejor dicho un *speculum*, a sus nietos y bisnietos, futuros continuadores del “patrimonio familiar”.

Si bien la novela consta de tres partes, cada una dedicada a un personaje diferente, cuyo nombre indica el título (respectivamente Haim, Simón y Dan), parece que el protagonista presentado de manera más ejemplar es Simón, el padre de Harry Moreno. Es de suponer que su imagen fue idealizada con el objetivo de crear un modelo de educación y conducta. En mi opinión los hechos del abuelo Haim sirven de fondo para que podamos conocer mejor las raíces de Simón, o sea, el ambiente en el que se formó su carácter. En cambio, el propio autor, que en la saga se llama Dan, narra sus aventuras juveniles con mucha menos idealización, fijándose en “hazañas” y “pequeñas picardías”. Así, la tercera parte (la más extensa) se aproxima más a un libro de memorias, centrado en los años de formación hasta llegar a la edad madura⁶. *Caminando y hablando...* no es gran literatura pero aporta bastante información sobre la historia de los judeoespañoles en el siglo XX. Por lo tanto, para los países que, como Polonia, no la conocen, puede constituir un modo de acercarse a este mundo ajeno pero interesante.

Un tema que a mi juicio merece consideración desde el punto de vista del hispanismo polaco es el de la guerra vista desde los ojos de unos sefardíes. Me parece importante porque, como se ha anticipado, gran parte de los libros askenazíes publicados en las últimas décadas en Europa Central, y en particular en Polonia, casi obligatoriamente de alguna manera tocan la problemática del Holocausto. En la saga de Moreno la guerra también está presente pese a que no llega a ser el tema principal. Se relatan las complicaciones relacionadas con ella, pero en el caso de su familia su fuerza no fue totalmente destructora. Aunque puso fin a una cotidianidad próspera, tranquila y estable, los protagonistas, por suerte, lograron escapar del exterminio, supieron vencer numerosas di-

⁵ La novela se escribió en un español contemporáneo, porque Harry Moreno en los años cincuenta se trasladó a Barcelona y desde entonces vive en España. Sin embargo, la lengua de su infancia y la de sus antepasados fue el sefardí. En algunos fragmentos se pueden notar “guiños de castellano antiguo”.

⁶ Los nombres de los protagonistas no son reales. Ésta es una de las razones por las que la saga se asemeja más a una novela que a un libro de memorias.

ficultades –o incluso sacar provecho de ciertas situaciones– y levantarse después de esta tormentosa experiencia.

Además, en contraste con la literatura sobre el tema escrita en Polonia, la contienda no aparece aquí como trauma. El lector siente que el azar fue benigno para la familia, siempre guiada por un tipo de Providencia, de lo cual el autor es consciente. No se describen muchas atrocidades, en las que suelen centrarse por ejemplo las memorias del gueto de Varsovia. Quizás en Bulgaria las hubiera menos porque los judíos gozaban allí de la protección del zar. Asimismo, es posible que Moreno no se fijara en ellas puesto que su objetivo principal no fue el de presentar los avatares bélicos de su familia. La guerra aparece más bien como circunstancia o fondo histórico y no como tema. Sólo en algunos fragmentos pasa a primer plano. No obstante, no se puede negar que la novela tenga carácter testimonial. Por una parte, nos es dejado el testimonio de cómo era la realidad de una tierra tan variada étnicamente como los Balcanes en la primera mitad del siglo pasado. Conocemos las actitudes ante el país y la guerra que quedaron como herencia del Imperio Otomano, organización política muy peculiar y muy determinante de la historia posterior de la región. Por otra parte, el libro presenta cómo la ideología que conllevaba la contienda influyó en la sociedad entera y en particular en la vida de las comunidades hebreas. El autor atestigua en qué consistía el sistema de restricciones dirigidas contra de los judíos y cómo él y sus familiares consiguieron salvarse de la persecución y la muerte.

En *Caminando y hablando...* gracias al enfoque generacional vemos las repercusiones no sólo de la Segunda Guerra Mundial, muy unida al destino judío en el siglo XX y por eso la más frecuentemente narrada en la literatura, sino también de la Primera, que influyó en la vida del abuelo Haim y de sus dos hijos Isaac y Simón. La Gran Guerra estalló cuando Haim, su mujer y sus hijos vivían en Skopje teniendo allí una viña y una tienda de tejidos⁷. Lo primero no era típico de los judíos, que se sentían mucho más mercaderes y artesanos que agricultores. El protagonista se había hecho propietario de las tierras “por casualidad”, a la hora de comprar la casa de unos viejos musulmanes que se la habían vendido con la viña al ver en él a un “hombre de confianza” enviado por Alá. Precisamente durante la guerra la viña resultó útil, ya que gracias a ella la familia pudo abrir una tasca para los soldados austrohúngaros después de haber perdido el comercio y los ahorros de su vida. El negocio, al cual contribuyeron tanto los adultos como los niños, pronto empezó a prosperar. Se convirtió en la taberna “más querida y frecuentada por el Ejército Imperial en toda la región” (Moreno 2005: 61).

Puede sorprender el hecho de que los protagonistas quisieran enriquecerse trabajando para los invasores. Es de observar que en el antiguo Imperio Otomano la mayoría de la gente no se identificaba con el Estado. La vida de las distintas etnias, coexistentes allí en paz desde hacía siglos, estuvo marcada por un fuerte comunitarismo. Las comunidades étnicas, y a la vez religiosas, eran bastante independientes de las demás, aunque las unían lazos comerciales, económicos, etc. En Turquía, así como en otros países mu-

⁷ Antes habían vivido en Salónica, llamada en aquel entonces “madre de Israel” (Pérez 2005: 239) o “la Jerusalén de los Balcanes” (Pérez 2005: 274), la que habían abandonado tras un incendio que, no por primera vez, había destruido su casa y almacén de telas.

sulmanes, las “gentes del Libro” podían profesar su religión sin obstáculos y gozaban de cierta autonomía bajo la condición de pagar altos impuestos (Pérez 2005: 274). Muchas comunidades, entre ellas las sefardíes, en la vida diaria hablaban su propia lengua, recurriendo al turco o a otros idiomas en el trato comercial. Por consiguiente, el grado de asimilación a principios del siglo XX era mínimo y no existía la conciencia de pertenecer al Estado. Skopje –hoy en Macedonia– a lo largo de cinco siglos permaneció bajo el dominio turco, pero en 1913 durante la guerra balcánica pasó a Serbia.

Vistas estas condiciones, no debería extrañar que Haim, llegado en 1900 al pueblo de Salónica, no se identificara con ningún estado. Para él existía sólo su “aquí y ahora” igual que para los representantes de otras naciones de esa tierra. Por eso, trataba a los austrohúngaros como a cualquier otro amo, esperando que le dejaran llevar una vida tranquila. Sus esperanzas no fueron frustradas, porque Skopje no sufrió grandes estragos en esta guerra. El autor escribe:

En realidad la ciudad tuvo la suerte de no convertirse en un campo de batalla. Quizás por razones estratégicas, los serbios se retiraron de la zona y dejaron la urbe unas horas sin control alguno, hasta la ocupación del enemigo. Aquellos momentos fueron aprovechados, por los bandoleros habituales o por las pequeñas avanzadillas de exploradores austrohúngaros o búlgaros, para saquear todo lo que estuviera a su alcance o quemar algún establo o pajar, contrariados por encontrarlo vacío. (Moreno 2005: 56)

Fue entonces cuando alguien entró en la tienda de Haim, la devastó y robó el dinero que el dueño había ahorrado. Tras unos instantes de desesperación el hombre se dio cuenta de que eso no era lo peor que le habría podido ocurrir. Al mismo tiempo sintió gratitud a Dios por haber protegido a su familia. En el personaje del abuelo Moreno nos presenta la imagen de un judío bastante religioso, que en momentos decisivos se dirigía al Creador para pedirle consejo, expresar confianza y darle las gracias. Tenemos la impresión de que la Providencia nunca lo abandonaba.

Muchas veces la solución del problema venía “por casualidad”, como si la enviaran los cielos. Así pasó con la compra de la casa y la viña y con la apertura de la taberna. La filosofía de Haim, transmitida después a sus hijos y nietos, consistía en dejarse llevar por las circunstancias y aprovechar cualquier oportunidad que surgiera. Por eso también sabía que en la vida había que aceptar el cambio: algunas experiencias eran temporales y no había que apegarse demasiado a ellas. Leemos acerca de la tasca: “Él sabía que la razón de ser de su negocio no era ninguna tradición familiar. La taberna había nacido por las circunstancias y los eventos. No era lo mejor para él ni lo que quería para los suyos” (69).

No obstante, por más temporal y más banal que fuera el empleo, los personajes se dedicaban a él con empeño. El principio que guiaba a la familia era el siguiente: “cualquier trabajo, si se hace con honradez y dentro de la ley, es un trabajo digno” (71). Haim lo aprendió de su padre y se lo explicó al hijo Simón, cuando éste quería hacer de limpiabotas y temía que Haim no lo aceptara. Moreno aprovecha esta situación para comentar: “Haim, que había recibido el mismo consejo de su padre, no imaginaba que su enseñanza sería transmitida fielmente y cumplida como ley sagrada hasta hoy por cuatro generaciones” (71).

Para Simón los años de la Gran Guerra fueron los más importantes en la formación de su personalidad y en el planteamiento de propósitos para toda la vida. Paradójicamente, el contacto con los invasores ejerció en él muy buena influencia. El autor empieza así la parte dedicada a su padre:

Simón vivía los mejores días de sus quince años. Se encontraba como pez en el agua. La lengua alemana le fascinaba. Su voraz apetito de aprender era inagotable. A los pocos meses, gracias a sus apuntes, libros de texto, diccionarios y las más de doce horas diarias de prácticas con los militares, hablaba un alemán fluido que hacía enorme gracia a los comensales. (65)

Primero, el chico ayudaba en la taberna y en su tiempo libre producía y vendía cigarrillos. Antes había tenido que elaborar el método de preparar un buen puro. Luego también trabajó de limpiabotas. Entonces empezó a soñar con ir a Alemania a trabajar y estudiar. Siguiendo el consejo de Haim, ahorra lo que ganaba para poder realizar su sueño cuando terminara la guerra. En ese período se formó definitivamente su carácter con cualidades tales como la creatividad, la laboriosidad, la honestidad, la perseverancia, etc. El autor resume: “Simón comprendía que el único camino digno de seguir era el que acababa de trazar su padre: el de la integridad” (71).

Parece que las repercusiones negativas de la Primera Guerra Mundial para la familia fueron minúsculas. El que las sufrió más fue el hijo mayor de Haim, Isaac, reclutado por el ejército serbio. La experiencia de ser soldado le dejó la impresión de absurdo por tener que matar y no saber por qué. El joven sintió que se dejaría matar antes de quitarle la vida a alguien. Afortunadamente, muy pronto conoció a un chico macedonio con el que huyó en un carro de abastecimiento. Luego viajaron varios días caminando de noche y escondiéndose de día, hambrientos y con pavor a las patrullas. En una ocasión Isaac, descubierto por una de ellas, se salvó fingiéndose imbecil. Por suerte, los soldados decidieron dejarlo en paz. Como el viaje se hizo demasiado peligroso, se escondieron en un burdel, donde ayudaban a hacer tareas duras, con las que las mujeres no se las arreglaban (los demás hombres fueron reclutados). Para no ser descubiertos cambiaron de nombres e incluso a veces tenían que vestirse de mujeres. Al pasar unos meses decidieron continuar el viaje y así Isaac regresó a casa. No obstante, allí tampoco podía sentirse seguro. Dormía en un barril por si llegaba una patrulla.

Aunque en la novela los acontecimientos se presentan sobre todo desde la perspectiva de los personajes, aparecen pasajes protagonizados por la colectividad. En uno de ellos vemos a los hombres judíos reunidos en la sinagoga participando en el oficio y luego también tomando decisiones importantes para la comunidad. En un momento difícil pidieron consejo al rabino, que se sentía responsable de consolar y fortalecer a sus feligreses. Antes del estallido de la contienda les dio una lección moral sobre las causas de las guerras. Les advirtió de que

si el deseo de los gobernantes de alguna nación es que un trozo de tierra o región, [...] forme parte de la suya, inventarán cualquier excusa para fomentar odio entre su pueblo y el ajeno. Este odio entre pueblos sacrifica la paz y da paso a la guerra. (31-32)

Lo dijo para convencer a sus correligionarios de que no deberían verse personalmente involucrados en el conflicto ya que no era de su interés sino del de los gobernantes, tampoco deberían permitir que alguien lograra sembrar enemistad entre ellos y los vecinos provenientes de otras etnias.

La influencia de la contienda en la vida colectiva se observa en los fragmentos que describen los días anteriores a la aproximación del frente a Skopje. Primero, los aldeanos que llegaban al mercado de viernes traían noticias que provocaron la inquietud de los habitantes. Ésta crecía conforme menos visitantes venían a la ciudad, lo cual significaba que el combate se avecinaba. El autor –empresario de profesión– considera importante mencionar que los comerciantes y artesanos notaron una disminución de las ventas hasta el total estancamiento. Para mostrarnos mejor el ambiente de aquel tiempo, escribe que cuando la gente se dio cuenta de que era inevitable que el frente pasara por Skopje, empezó a portarse como en un día de fiesta: las calles estaban vacías y los vecinos las miraban desde las ventanas entreabiertas como si esperaran un desfile militar. Finalmente el frente, anunciado por el son de los cañonazos, pasó en una sola noche, dejando algunos establecimientos quemados y robados, entre ellos la tienda de Haim. Todos sabían que fue lo menos grave que hubiera podido suceder.

Antes de pasar al tema de la Segunda Guerra creo importante reparar en la cuestión de la identidad sefardí para mostrar los cambios que se produjeron al respecto en la primera mitad del siglo XX. Ya se ha mencionado que los habitantes del antiguo Imperio Otomano no se identificaban con el estado. En la novela el tema aparece con ocasión del encuentro de Simón con un askenazí, teniente coronel de caballería austríaca, que un día va a la tasca de Haim. El militar explica al chico lo que significa para él ser askenazí. Se define como judío originario de Austria integrado en la sociedad de su país, educado de igual manera que los demás ciudadanos. Por eso comparte su manera de pensar y se considera parte de la misma cultura, tal y como ellos se siente austríaco, tiene el mismo sentido patriótico, en lo cual no influye el que sea de distinta religión. A propósito de la guerra considera una gran honra el poder luchar por la causa de su patria y el poder morir por ella (77). La actitud de Simón es muy diferente.

Yo, señor, no puedo pensar ni sentir como usted. Yo siento lo que sé de mí; que soy judío sefardí, es decir español, que nací en Salónica y que ahora vivo en esta ciudad. Aquí en Skopje vivimos mezcladas tres o cuatro etnias, y nunca hemos tenido diferencias entre nosotros. Cuando una persona se presenta, por primera vez, a otra, jamás se le ocurriría preguntarle qué nacionalidad tiene. Lo único que interesa es su nombre, de quién es hijo y cuál es su religión. Así vivimos en paz como un solo pueblo. La mayoría de nosotros no sabe siquiera, quién forma nuestro gobierno, por qué debemos pensar que ustedes son nuestros enemigos y, sobre todo, por qué motivo estamos en guerra. Personalmente, yo sólo conozco a mi familia y mi hogar, y sólo por ellos daría mi vida. Si nosotros hubiésemos tenido un gobierno y una patria, como la suya, que les ha protegido durante siglos, quizás estaríamos lo suficientemente motivados como para morir por ella. (77-78)

Es dudoso que un muchacho de quince años, criado en una familia no asimilada, que nunca había ido a una escuela estatal sino a una religiosa, de verdad pudiera pronunciar un juicio tan maduro. El teniente coronel le contesta y algunas frases de su respuesta suenan como si formaran parte de una conferencia de historia:

Creo, que tú, Simón, acabas de confirmar, en el fondo, los sentimientos patrióticos de los asquenazí con tus propias palabras. Acabas de decir que te sientes judío español. Esto se debe a un hecho histórico. De igual manera que nosotros estamos en Centroeuropa desde hace muchísimos siglos, vosotros, los sefardíes, estuvisteis durante el mismo tiempo en España. Después de cinco siglos de destierro, vuestra lengua materna sigue siendo el español, que es la lengua de vuestra tierra. Y por esta misma razón os llamáis y sentís sefardíes, que en hebreo significa españoles. Creo que toda esta situación se debe a un hecho importante: una gran parte del sur de Europa y sobre todo los Balcanes han permanecido hasta cinco siglos, en algunos casos, bajo el imperio otomano. Tantos años de ocupación han borrado el sentido patriótico de la mayoría de los habitantes de estas tierras ocupadas. Ahora que todas estas naciones recobran su libertad, algunos antes y otros más tarde, sentirán de nuevo el noble sentimiento del patriotismo. Y creo también que los sefardíes de estas naciones independizadas, poco a poco, se integrarán y se sentirán como el resto de los judíos del mundo, es decir, como los asquenazí. (78)

Es de suponer que el autor no recreó la escena tal y como se había producido en realidad, sino que repitió la manera en la que la había comentado su padre al haber pasado mucho tiempo. Tanto las palabras del joven como las del militar parecen brotar de la posterior experiencia de Simón, que en las décadas de los veinte y treinta, durante sus estudios en Alemania, conoció la vida de los judíos integrados; su mujer provenía de la burguesía asimilada; él mismo como propietario de una fábrica en Sofía y después, como hombre de negocios en Beirut y en Barcelona empezó a llevar una vida plenamente moderna, parecida a la de cualquier miembro de su clase social.

En la familia de Moreno fue precisamente en la generación de Simón cuando se produjo con más intensidad y en un período relativamente corto el proceso de integración. Quizás el autor decidiera escribir estos pasajes, recurriendo no sólo a las memorias del padre sino también al conocimiento de la historia, para dejar a sus nietos, y a la vez a los demás lectores, una huella de lo que significaba ser sefardí. Fijémonos en que se trata de una cultura que hoy en día está en vías de extinción debido al exterminio de la Segunda Guerra Mundial y al alto grado de asimilación. Al resumir la charla de Simón con el teniente Franz-Josef Adler, Harry Moreno da un paso para adelante aludiendo a las persecuciones nazis. Así, arroja nueva luz a las palabras de ambos personajes:

Ni el hombre ni el muchacho hubiesen imaginado jamás que en un futuro próximo un compatriota del coronel que en la Gran Guerra era cabo del ejército austrohúngaro iba a destrozar la noble ilusión de la “madre patria” asesinando sistemáticamente a seis millones de seres humanos de la manera más cruel e increíble, por el mero hecho de haber nacido judíos. (79)

3. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: HUIDA DEL EXTERMINIO

Si la Primera Guerra Mundial no causó dolorosos daños a la familia de Moreno, no fue así en el caso de la segunda, cuando los familiares tuvieron que abandonar sus casas y enfrentarse a numerosas dificultades para hallar refugio en los países que estaban fuera del control del Tercer Reich. Cabe reparar en que la ideología nazi⁸ empezó a imponerse ya unos años antes del estallido de la contienda. Mientras que Haim y sus hijos se quedaron en Skopje y allí llevaron su pequeño negocio de telas, a principios de 1919 Simón decidió irse a Alemania a estudiar. Empezó la carrera en la Escuela Politécnica de Francfort y la terminó con matrícula de honor en todas las asignaturas. Para mantenerse tuvo que simultanear los estudios con el trabajo en un taller matricero donde aprendió el oficio. En 1920 –un año antes de acabar la carrera⁹– el director le propuso que al finalizarla podría ser instructor en el Politécnico y hacer el doctorado. Fue en 1921 cuando la ideología nazi afectó a Simón por primera vez impidiéndole escoger el camino científico. El día en que se anunció los resultados de los exámenes finales el director le invitó otra vez a su despacho y, al felicitarle, le explicó que desgraciadamente no podría tener un puesto en la Escuela. A pesar de que el profesorado lo admiraba y las autoridades emprendieron los trámites para emplearlo, el Ministerio de Educación y Cultura se negó por la razón de que era judío. El director se sintió avergonzado al dar la noticia a Simón y le pidió perdón por tener que hacerlo. Aunque el joven iba a rechazar la propuesta de trabajo, ya que su objetivo era reunirse con la familia y montar un negocio, se vio profundamente perturbado por lo ocurrido. Así lo comenta el autor:

Lo que le entristecía era un sentimiento desconocido. Tardó en descubrir que no se trataba de preocupación por sus futuros planes, sino de que su dignidad estaba amenazada por algo nuevo; por un nuevo criterio que calificaría a las personas no por sus talentos o sus méritos, sino por sus orígenes o sus creencias políticas. (120)

Entonces el protagonista se prometió que haría todo lo posible a fin de que el antisemitismo no fuera obstáculo para sus planes. No obstante, no fue capaz de evitar por completo sus consecuencias. Primero, perdió a la mujer a la que amaba, que al quedarse embarazada de él decidió exiliarse a los Estados Unidos para proteger al niño mediojudío. No reveló a Simón que iban a tener un hijo porque sabía que éste tenía que trabajar unos años más en Alemania para ganar experiencia en su profesión y no quería que dejara sus planes por ella. Esperaba que un día se reunieran ora en América, ora en Europa. Sin embargo, Simón pensó que ella lo había abandonado y en Sofía fundó otra familia. Se enteró de todo eso cuando era muy mayor.

⁸ En el libro se resumen los orígenes y el desarrollo del movimiento nacionalsocialista en Alemania (cf. Moreno 2005: 113-114, 127-128 y 143).

⁹ Parece que el padre del autor hizo la carrera de cinco cursos, pero dos de ellos fueron cursos de verano. Por eso estudió sólo tres años.

El padre de Moreno tomó la decisión de salir de Alemania en 1926 tras la publicación de *Mein Kampf* por Hitler. Antes había trabajado en la fábrica de los Fisher en Pforzheim y fue tan apreciado por los propietarios que no querían desprenderse de él. El autor cree significativo subrayar que por aquellas fechas muchos de los alemanes, entre ellos los señores Fisher, no pensaban que las ideas hitlerianas pudieran ganar reconocimiento. Según ellos, “no había nada que temer porque Hitler no era nada más que un loco soñador” (143). Asimismo, para demostrar que al principio la doctrina antisemita del futuro *Führer* era una cosa minoritaria, se introduce la conversación entre Simón y su maestro matricero Hofman, quien con ocasión de leer una noticia sobre la expulsión de Hungría de los judíos llegados después de 1914 pregunta por las causas de dichas persecuciones. Además, quiere saber por qué “el jefe de un partido de derecha” culpa a los judíos de los males que sufría el pueblo alemán. En su respuesta leemos que el judaísmo no es un pueblo sino una religión o una tradición cuya coexistencia con las demás se compara a la de protestantes y católicos, que hace tiempo en Europa estaban en guerra y ahora viven en paz. En el caso de los judíos sus creencias y costumbres tampoco deberían ser criterio de valoración, ya que dentro de la sociedad moderna cumplen los mismos papeles que los representantes de otras tradiciones. Es una pena que Adolf Hitler para ganar apoyo de las masas se aprovechara del malestar común que sufrían los alemanes después de la Gran Guerra y lograra persuadirlos de que eran los hebreos los culpables de esta situación (cf. Moreno 2005: 116). Son argumentos que parecen formar parte de una conferencia sobre los motivos de antijudaísmo recurrente a lo largo de los siglos y es de suponer que Moreno los incorpora para ayudar al lector no instruido –para el que la guerra nazi será una historia remota y poco conocida– a orientarse en el pasado complejo de los sefardíes. Gracias a este episodio sabemos además que en los años veinte un simple alemán no tenía nada en contra de la gente de origen hebreo y le era difícil comprender la doctrina hitleriana.

De camino a Skopje Simón se detuvo otra vez en Sofía, donde se quedó durante dieciocho años, porque allí conoció a su futura mujer Débora. Luego, convenció al padre Haim y a los hermanos Isaac y David de que se reunieran con él. Montaron un negocio familiar: la tan soñada fábrica siderúrgica, que pronto se hizo la más moderna y la más potente de Bulgaria. Hasta el estallido de la Segunda Guerra el antisemitismo aparece en el fondo de la novela como un tema secundario, que de alguna manera roza la vida de los protagonistas principales sin influir en ella definitivamente. Viven felices en la prosperidad, tienen hijos, los educan –la buena formación constituye parte de la herencia que los hijos obtienen de los padres. Su negocio crece y gana reconocimiento en los Balcanes tanto por sus productos como por el conjunto de facilidades para los obreros, lo cual en aquella época no era nada común. Incluso algunos miembros del gobierno a veces piden a Simón consejo en cuestiones económicas, con varios de ellos el matrimonio mantiene relaciones de amistad. Refiriéndose a este período el autor escribe que “el horizonte de los tres hermanos, Isaac, David y Simón, y sus respectivas familias parecía claro y prometedor” (162). Es en la escuela donde otra vez el antisemitismo se cruza en el camino de los protagonistas. Al colegio italiano que frecuentan los hijos de David y Simón la ideología nazi llega por medio de los niños. Allí un día Dan es llamado por uno de los alumnos “judío asqueroso”, porque no quiere comer un bocadillo de

jamón. Los demás chicos empiezan a burlarse de él y se produce una pelea. Entonces el director les explica que los cristianos y los hebreos no tienen motivos para odiarse y les persuade de que hagan las paces.

El próximo en sufrir las persecuciones antijudías fue Isaac. Durante la Segunda Guerra Bulgaria fue aliada del Tercer Reich y, para mostrar simbólicamente su adhesión a la política nazi, en 1940 decidió expulsar cierto número de judíos como “personas no gratas”. El director general de la policía, amigo de Simón, le informó de que su hermano iba a ser uno de ellos. Gracias a ello Isaac y su mujer Bela tuvieron tiempo de pasar la frontera macedonia con falsos papeles y asentarse en la antigua finca del padre en Skopje. No obstante, unos meses después esta parte de Macedonia pasó a manos búlgaras. Un día un policía reconoció a Isaac como judío y quiso arrestarlo. El detenido mostró sus falsos papeles y fingió que se veía indignado por ser tomado por “un asqueroso judío”. Aunque esa vez salvó la vida, se dio cuenta de que no podía seguir en Skopje. Él y Bela, junto con una pareja de albaneses que tampoco tenían permiso de residencia, emprendieron un cansado y peligroso viaje para pasar la frontera albanesa. Primero, fueron en carro vestidos de aldeanos. Fijémonos en que su fuga habría sido mucho más difícil si no hubieran tenido dinero para comprar caballos. En Albania continuaron el viaje andando, puesto que en un país tan pobre una gente que se pudiera permitir un carro habría suscitado las sospechas de las patrullas alemanas. Caminaban sólo de noche para no ser descubiertos. La huída a pie resultó agotadora para los cuatro caminantes, pero sobre todo para Bela, por lo cual se vieron obligados a pedir cobijo a un campesino albanés, pagándole una cantidad de dinero. Moreno subraya el papel de la iglesia ortodoxa en la salvación de la vida del tío¹⁰. La zona fronteriza estaba vigilada por las SS. Por eso los habitantes les aconsejaron que pidieran refugio en un monasterio ortodoxo y que el obispo los ayudara a encontrar un barco con el que atravesarían el lago que separaba Bulgaria de Albania. Así lo hicieron. Hablando con Isaac el obispo griego de Ohrid dijo:

Siento profunda vergüenza, como sirviente de Dios, de que cristianos, hermanos nuestros, sean la causa del exterminio masivo de humanos por el mero hecho de ser judíos. Los ejércitos nazis nunca podrán ganar la guerra porque su lucha no es para defenir su hogar o su patria de un invasor salvaje, sino para invadir y subyugar a otros pueblos y naciones. Y pensar que esos ejércitos llevan entre sus filas sacerdotes de fe cristiana, que son testigos mudos del salvajismo de los soldados a los que ellos mismos predicán y administran el cuerpo y la sangre de Cristo, nuestro Señor, hace hervir mi sangre. A través de usted, señor, pido perdón a toda la gente de su fe por esta barbarie. Le ruego que, cuando termine esta maldita guerra, explique a los suyos que no todos los cristianos de este viejo continente perdimos la dignidad humana y el amor por nuestro prójimo. (170)

¹⁰ El autor evoca cierto número de personas que de alguna manera contribuyeron a la salvación de sus familiares. Parece que la incorporación en la novela de los fragmentos protagonizados por esa gente tiene por objetivo hacer que su bondad no quede olvidada.

Además, les dio una carta que les aseguró la ayuda del obispo de Tirana, en cuya casa vivieron escondidos durante un año. Su escondrijo era bastante seguro pero no fue así la vida de la pequeña comunidad judía de la capital albanesa, con la que estaban en contacto. El país estaba bajo la ocupación de Italia, que se resistía ante la presión alemana en cuanto a la deportación de los hebreos a los campos del exterminio. No obstante, era sabido que un día tendrían que ceder. En 1943 Isaac colaboró con los hombres de la comunidad para organizar la fuga a Italia. Fue uno de los pocos remedios, muy arriesgado, pero mejor que esperar la muerte segura en casa. El autor comenta: “Isaac comparaba la situación con la de un hombre atrapado en una casa envuelta en llamas: nadie en su sano juicio se quedaría hasta ser devorado por el fuego. Saltar al vacío desde una ventana es la reacción lógica para intentar salvar la vida” (174). Otra vez el obispo ortodoxo sirvió de intermediario y los puso en contacto con el jefe religioso de la comunidad musulmana de Tirana. Éste les indicó a un pescador al que le confiaría la tarea de llevar en su barca a ciento tres personas de origen hebreo. La cantidad de dinero que Hasan pidió a cambio fue enorme y toda la comunidad contribuyó a reunirla –cada uno dio cuanto pudo, los ricos más, los pobres sólo sus alianzas de boda–, sin embargo el hombre, consciente del riesgo, no quiso bajar el precio. Además, los prófugos tuvieron que dejarlo todo en Albania, ya que en la bodega de la barca había muy poco espacio. Desgraciadamente, la noche de la huida en el puerto había un control de las SS y todos habrían sido matados si el teniente, quien personalmente revisó la barca, no hubiera callado lo que había visto y no les hubiera dado permiso para zarpar como si simplemente fueran de pesca. Así se describe esta situación:

El teniente abrió la media tapa de la bodega y alumbró su interior. Un centenar de caras pálidas de hombres, mujeres, niños y ancianos miraban el potente rayo de luz. [...] El húmedo aire cargado de sudor y el olor de cien seres humanos pasaron por la mente del joven teniente recordándole la muerte de los campos de exterminio. Él acababa de dejar el servicio en el campo de concentración de Dachau a petición propia. Asistir y contribuir a la matanza sistemática de inocentes civiles no era el ideal que buscaba para su venerado imperio alemán y su caudillo Hitler. Su conciencia se negó a convertirse en verdugo de toda aquella gente. (178)

Parece un milagro. El autor añade que los salvados supieron agradecerle su bondad. Después de la contienda enviaron una carta al Tribunal Aliado de Crímenes de Guerra pidiendo clemencia para el teniente de las SS –cuyo apellido ignoraban– “que estaba de servicio, en el puerto de Durazzo, a las 23.30 horas del 7 de diciembre de 1943” (179). La petición fue atendida favorablemente¹¹.

¹¹ En *El Pianista...* Władysław Szpilman se salvó también gracias a que un oficial alemán no reveló su escondrijo e, incluso, durante varios días le traía comida. Como ya era sabido que los nazis estaban perdiendo, Szpilman le dijo que recordara su apellido por si un día necesitaba su ayuda. Cuando el oficial estaba en un campo para presos de guerra, intentó informar a Szpilman sobre su situación. El músico no conocía su apellido y por eso su intervención llegó demasiado tarde. El oficial Wilm Hosenfeld había sido llevado a un campo de Siberia, donde fue maltratado y murió muy enfermo. De allí no lo lograron sacar ni altos funcionarios polacos. Para la familia del soldado era muy importante cada testimonio sobre su bondad. En el libro se dice que se emprendieron trámites para plantar un árbol en su memoria en la Avenida de los Justos en el Museo de Yad Vashem.

En comparación con las memorias de los askenazíes polacos en *Caminando y hablando...* hay pocas descripciones de las atrocidades de la guerra, quizás porque ninguno de los familiares perdió la vida en ella. Además, cabe observar que en Bulgaria la situación de los judíos fue mejor que en los demás países aliados de Hitler y en los ocupados. Los protegía de la deportación el zar Boris III hasta su repentina muerte a mediados de 1943. Una de las imágenes más inhumanas del libro es precisamente la travesía de Isaac y Bela a Italia. En el mar tormentoso la mayoría de los prófugos padecían del mal de mar. Estaban de pie uno al lado de otro y al vomitar ensuciaban a los vecinos, tampoco tenían baño para satisfacer otras necesidades fisiológicas. Por si fuera poco se estropeó el motor de la barca, lo cual paradójicamente les salvó otra vez la vida. Cuando los encontró un submarino alemán, el capitán explicó que la causa de estar fuera de la zona de circulación permitida para los pescadores era la avería del motor. Los militares no pudieron ayudarlos y sólo avisaron el puerto de Durazzo (sin revisar la bodega). Todo lo observó un submarino inglés, que al verificar que no eran espías y que llevaban refugiados, los transportó a Bari, donde recibieron la ayuda necesaria. Después de la guerra Isaac y su mujer se asentaron en Roma.

En la novela se dedica un capítulo a las persecuciones de los judíos en Bulgaria. Las leyes antisemitas que funcionaban allí eran iguales que las de la Polonia ocupada por los nazis¹². El autor comenta:

Parecía como si todo el país, sus gobernantes y su Parlamento no tuviera otra preocupación que castigar y marginar a toda persona de fe o ascendencia judía. Las leyes antijudías se promulgaban a diario. Había tantas [...] que en muy poco tiempo fue necesario consultar un libro de casi cien páginas para seguirlas correctamente y evitar caer en falta. (185)

Los hebreos perdieron los derechos civiles, sus casas y establecimientos estaban marcados, también ellos mismos tenían que llevar la estrella de David amarilla en la ropa. Les fue prohibido el uso de los medios de transporte y del teléfono. Luego, no podían presentarse en muchos lugares públicos y en consecuencia se los obligó a abandonar sus casas y alojarse en el gueto. Simón dejó la suya en las manos del cónsul general de Turquía. Por supuesto, ya antes los nazis le quitaron el mando de la fábrica y le negaron el derecho a trabajar allí como un simple obrero. Durante los tres días del traslado de los judíos se produjeron varias escenas de violencia. Dan vio cómo algunos miembros de las Juventudes Hitlerianas búlgaras tiraban un piano desde un balcón y después también a un anciano. Esta imagen recuerda las que se repiten en las memorias del gueto de Varsovia de distintos autores. Sin embargo, parece que el rigor en el gueto de Sofía era menor que en las zonas parecidas en Polonia. Es de suponer que cuando Simón vivía allí, el barrio no estaba cerrado, ni rodeado con un muro, ya que los protagonistas pasaban sin problemas al lado ario, aunque estaba prohibido. Además, en la novela no

¹² En caso de Polonia no fue el parlamento polaco el que promulgara las leyes sino la administración alemana. Recordemos que Polonia fue país ocupado y no asociado al Tercer Reich.

se habla de la hambruna ni de las escenas de muerte que ocurrían a diario en las calles del gueto de Varsovia.

Aparte de esta información general acerca de la vida de los judíos búlgaros, en el libro se relatan situaciones particulares en las que participaron los miembros de la familia de Simón. Es Dan, o sea el propio Harry Moreno, el que primero siente las consecuencias de la propaganda nazi. Los amigos del barrio ya no quieren jugar con él, lo cual le es incomprensible y los padres tratan de explicárselo. Débora protagoniza una escena que adquiere cierto matiz simbólico. Uno de los últimos días de invierno mientras hacía cola, compró a una pobre muchacha un ramito de narcisos de la nieve. Fue como si quisiera alumbrarse la dura y gris realidad de la guerra con una flor de esperanza, que anunciaba la venida de la primavera. Cuando olía el ramo, una mujer se lo quitó y pisoteó diciendo: “Dios ha creado las flores para las personas y no para los cerdos judíos” (187).

A través de este acontecimiento podemos observar los cambios que causó la propaganda antisemita en la sociedad búlgara. El autor comenta: “Cuando un animal rabioso queda suelto en un poblado, nadie puede imaginar el daño que es capaz de causar la alimaña. Y si nadie se atreve a coger y encerrar o matar la bestia, el poblado empieza a vivir sumergido en el terror” (187). El odio iba creciendo. En el instituto de Dan los chicos insultaban, escupían y pegaban a los alumnos de origen hebreo. Una tarde invernal un grupo de jóvenes extremistas asaltó a cinco muchachos judíos en camino a casa. Sólo Dan y un amigo suyo lograron escapar. El hijo de Simón corrió a casa por la nieve ensangrentado, sin abrigo y sin botas. Otro día fue encarcelado junto con un alumno griego, que a escondidas solía darle pan de la panadería de su padre.

Cabe notar que los productos alimenticios se adquirían con tarjetas de racionamiento y a los judíos se les permitía comprar la mitad de lo que correspondía a los demás ciudadanos. En la cárcel un policía maltrató a Dan, porque el chico no pudo subir una escalera pintada en la pared. No se sabe qué habría sido de él, si Simón no hubiera pedido ayuda a su amigo, el ya mencionado director general de la policía Ivanov. Éste además lo avisó de que aunque el zar no permitía que los judíos súbditos suyos fueran deportados a Auschwitz, para contentar a los alemanes iba a entregarles a los hebreos que no eran ciudadanos búlgaros (Simón era ciudadano griego). Ya antes había oído hablar de Auschwitz, Dachau y Treblinka pero, según leemos, hasta aquel día “su honradez y un cierto infantilismo le impedían creer que los campos de concentración en realidad eran de exterminio. Estaba convencido de que aquella maquinaria infernal contra los judíos era una locura pasajera” (191).

La complicada fuga de la familia a Turquía fue una cosa increíble y, según las palabras posteriores de Ivanov, todo el país hablaba de ella. Hay que decir que habría sido imposible sin dinero y sin las conexiones de Simón de la época en que había sido director de la fábrica. El encuentro con Ivanov se produjo de noche y la pareja no sólo abandonó el gueto sino que también rompió el toque de queda, en vigor únicamente para los judíos¹³. Al día siguiente Simón empezó a buscar una manera de salir del país. Primero, visitó al consul de Turquía, que vivía en la antigua casa de la familia. Éste prometió expedirles el visado de entrada en su país en cuanto tuvieran el permiso de salir de la

¹³ Por ejemplo, en Varsovia el toque de queda era obligatorio también para los arios.

zona nazi. Por supuesto el documento era inasequible para gente de ascendencia judía. El cónsul aseguró a Simón que en la administración búlgara había muchos empleados corruptos e incluso le dio la dirección de uno. El protagonista convenció al turco de que le diera el visado aquel mismo día porque cada salida del gueto significaba peligro de muerte. Además, prometió que no lo utilizaría sin lograr antes el permiso de abandonar Bulgaria para no perjudicar su carrera diplomática.

La tramitación del otro documento fue mucho más difícil. Un tal Popov, recomendado por el cónsul, resultó ser muy antisemita y exigió una cantidad de dinero enorme. Simón dijo que podía reunir menos de la mitad de lo exigido, pero sabía que para su interlocutor de todos modos sería mucho. Popov prometió conseguir el permiso en el plazo de dos o tres semanas, sin embargo la familia tuvo que esperar casi tres largos meses, sabiendo que otros judíos ciudadanos no búlgaros iban desapareciendo en circunstancias inexplicadas. Moreno escribe que incluso después de la guerra en muchos casos había sido imposible conocer detalles de su desaparición. Perdiendo la esperanza, los padres escondieron a su hija Ruth en casa de unos amigos para que por lo menos ella pudiera salvarse si ellos eran detenidos. Finalmente, Simón chantajeó a Popov diciéndole que iba a denunciar el hecho de que tenía trato con hebreos. El permiso llegó al día siguiente. La pareja tenía las maletas preparadas. Iban a viajar oficialmente como judíos, con sus estrellas de David, escoltados por un policía enviado por Ivanov.

Lo que pasó en las horas previas a su fuga parece el fragmento de una película policiaca. Justo después de la visita de Popov suena el timbre, Simón ve por la rejilla a dos policías, en vez de abrir los familiares huyen por la ventana usando una escalerita de cuerda, preparada hace meses por si acaso. En este momento no saben que alguien ha descubierto los fraudes de Popov y que hay orden de matar clandestinamente a la familia, que posee una firma falsa en su pasaporte. Afortunadamente, el caso –considerado de suma importancia– se cede al propio director Ivanov. Éste envía la orden de arrestar a la familia cuando sus informadores confirman que Simón y los suyos ya están fuera del país. Luego dirá que Simón debería celebrar el día de la fuga como su segundo nacimiento (*cf.* Moreno 2005: 199).

La última experiencia degradante antes de recuperar la libertad y la dignidad humana fue el cacheo personal en la estación fronteriza. Leemos que los protagonistas “fueron registrados, incluso en sus partes íntimas, de forma humillante, ruda y cruel”, se añade que las SS “debían de imaginar que los rectos y las vaginas de los judíos podían ocultar diamantes del tamaño de una nuez” (198). Moreno apunta la frase que les dijo un revisor turco al pasar la frontera: “Están ustedes en territorio turco; en este país no es delito ser judío; pueden sacarse las estrellas y tirarlas por la ventana” (198). El autor recuerda el corto período de su estancia en Estambul, en casa de un primo, como un tiempo paradisíaco. No obstante, el visado turco expiraba en un mes y a la familia no se le concedió el permiso de residencia. Los protagonistas prorrogaron un poco la estancia por razones de salud, pero pronto emprendieron viaje a Beirut.

En Siria, en Alepo, por primera vez vieron los uniformes aliados. En la novela se describe una escena muy conmovedora y casi simbólica. Simón un año antes en Sofía logró comprar un chocolate, producto difícil de conseguir en aquel entonces. Se prometió que lo regalaría al primer soldado libertador a quien encontrara. Cuando en la estación

de Alepo vio tanto ejército aliado, salió conmovido del tren y dio el dulce a uno de los militares que pasaban cerca, explicándole los motivos de su comportamiento. Durante el control de los pasaportes los familiares se llevaron una sorpresa desagradable. Los soldados ingleses los detuvieron porque les pareció imposible que unos judíos hubieran podido pasar la frontera turca. Sospechaban que Simón y su mujer debían espiar para el bando nazi. La familia pasó siete semanas en un campo para prisioneros de guerra italianos hasta que los servicios secretos aliados verificaron su historia. Moreno cuenta así lo que sentía su padre:

Su montaña de la libertad se había derrumbado en unos minutos. ¿Y por obra de quién? Por los mismos dioses que habitaban en su cielo, los venerados y soñados ingleses. Eran los mismos que durante tantos años les habían proporcionado a él y a los suyos el ánimo y la esperanza de vivir y luchar por un mundo justo. Las escuchas secretas de las emisiones de Radio Londres y sus redobles de tambor, que anunciaban la victoria, habían inyectado el optimismo que necesitaban. El dolor que sentía en su alma era parecido al de un adolescente que recibe una bofetada de su padre por llegar una hora más tarde de la habitual. El castigo quema su mejilla, las lágrimas llenan sus ojos, pero sigue adorando a su progenitor, el pilar de su futuro. (206-207)

Sin embargo, los protagonistas recuerdan que las condiciones en el campo eran buenas, no les faltaba nada y tanto los supervisores como los reclusos los trataban bien. Cuando se verificó su caso, los ingleses les concedieron la ayuda necesaria e incluso les dieron cierta cantidad de dinero por las reparaciones de la maquinaria que en tiempo libre había hecho Simón en el taller.

Aunque la guerra sigue, aquí terminan las experiencias estrictamente vinculadas con la contienda. Lo que es más importante es que a partir de ese día los familiares quedan a salvo del peligro de muerte y vuelven a ser personas libres. No obstante, existen ciertas limitaciones de su libertad: no pueden transitar ni vivir en ninguno de los países ocupados por Alemania o asociados a ella. Tal vez por eso se quedan en Beirut, que seguramente no es el lugar de sus sueños. Simón teme que allí le sea más difícil que en otra parte asegurar a los suyos un nivel de vida digno. Sobre todo, se siente perdido en una tierra cuya lengua desconoce. Esta época en la existencia de la familia se caracteriza por la escasez de artículos de consumo, lo cual contrasta con su vida anterior a la guerra. Al principio viven en la pobreza e incluso para no sufrir hambre deben comer restos encontrados en un mercadillo. El padre no se rinde, encuentra trabajo y pronto se gana el respeto de los jefes. Su situación económica va mejorando, aunque pasan por unas temporadas peores –por ejemplo la enfermedad de Simón– cuando también los hijos trabajan para satisfacer las necesidades básicas de los cuatro familiares. Uno de los principales objetivos de los padres es educar a Dan y Ruth y con ello se relacionan los mayores gastos. Por consiguiente, en este caso se puede hablar de una pobreza relativa: el deber de abstenerse de ciertos bienes surge de la conciencia de que a pesar de todo no se puede descuidar la educación. Durante la estancia en Beirut la guerra como tal existe en la mente de los protagonistas ya sólo en forma de noticias desde los frentes y como esperanza de su deseado fin.

4. CONCLUSIONES

En conclusión, observemos que la narración de Harry Moreno abarca las dos guerras mundiales. La primera, en el caso de su familia, no conllevaba peligro de muerte, excepto unos días en los que el frente estaba cerca del pueblo de Skopje, sino que más bien fue causa de su repentino empobrecimiento y acicate para buscar una nueva manera de ganarse la vida. En resumidas cuentas, implicaba la necesidad de reconstruir la cotidianidad tranquila y segura. Sólo un miembro de la familia fue incorporado al ejército y decidió desertar para evitar la muerte. Las actitudes que presenta el autor eran típicas de las tierras del antiguo Imperio Otomano, donde convivían muchas etnias, que en su mayoría todavía no sentían una vinculación con los estados jóvenes y por eso no se guiaban por un sentimiento patriótico. Durante la contienda sí luchaban, pero no por la causa representada por los gobernantes sino para garantizar la seguridad y el bienestar de los familiares. El grado de asimilación era mínimo. Por consiguiente, las personas se identificaban con la familia y, en segundo lugar, con la comunidad étnica y religiosa. El episodio de Simón y el teniente coronel austríaco demuestra que en Europa Occidental, donde los estados modernos se formaron antes que en el Imperio Otomano, las posturas de los judíos integrados, bastante numerosos en la sociedad, eran distintas. Aquí se habla de los askenazíes, pero los historiadores demuestran que el caso de los sefardíes fue parecido.

En cuanto a la Segunda Guerra Mundial, se produjeron unos cambios significativos. La generación del padre del autor, sobre todo gracias a los estudios que éste cursó en Alemania, acabó por asimilarse y su conciencia política creció. No obstante, es difícil precisar si se identificaba con cualquier país. Los protagonistas eran ciudadanos griegos asentados en Bulgaria, con la cual estaban relacionados mediante lazos profesionales y sociales. Fue la ideología nazi la que les recordó que a pesar de la integración no deberían sentirse como los demás miembros de la sociedad búlgara. Los aisló de ella, primero, por medio de leyes y luego, por la obligación de vivir en el gueto. Aunque en aquella época la existencia de los asimilados ya no estaba sujeta al comunitarismo, típico de la diáspora judía de la región, las persecuciones causaron que de nuevo empezaran a pensar en términos de la comunidad, con la cual los unía un destino común: la degradación social y la sentencia de muerte suspendida. La vida en un país asociado al Tercer Reich implicó para la familia de Moreno sucesivamente: la pérdida del status social, la necesidad de luchar por guardar la dignidad y al final la decisión desesperada de huir de la zona controlada por las tropas hitlerianas. En consecuencia, los últimos años de la guerra se caracterizaron por la paulatina reconstrucción de la estabilidad económica.

Para terminar, hay que destacar el valor de testimonio que tiene la novela *Caminando y hablando...*, que en la parte dedicada a la Gran Guerra es bastante representativa de la diáspora balcánica de los sefardíes. En lo que se refiere a la guerra nazi, el testimonio, hecho por una persona que la sobrevivió y experimentó en su propia carne, parece mucho más individual. Además, es distinto de los que surgieron en las comunidades judías asentadas en los países donde la política de Holocausto se había seguido con más rigidez que en Bulgaria. Comparando las memorias de Moreno con las de los judíos askenazíes

de Polonia, nos sería difícil encontrar otro libro en el que todos sus protagonistas se salvaran del exterminio y no recordaran la guerra de manera traumática. Incluso puede sorprender el tono de gratitud a la vida presente a lo largo de la narración.

BIBLIOGRAFÍA:

- BEL BRAVO, María Antonia (2006) *Sefarad. Los judíos de España*. Madrid, Sílex.
- EHRENPREIS, Marek (1930) *Kraj między Wschodem a Zachodem. Podróż Żyda po Hiszpanji*. Stanisławów-Warszawa, Wydawnictwo Księgarnii Marjana Hasklera.
- GRAUSS, Karl-Markus (2006) "Ostatni sefardyjczycy z Sarajewa". En: *Umierający europejczycy. Podróże do sefardyjskich Żydów z Sarajewa, Niemców z Gottschee, Arboreszów, Łużyczan i Aromunów*. Wołowiec, Czarne: 5-47.
- LEVY, Joseph J., COHEN, Yolande (2005) *Żydzi sefardyjscy – odyseja sefardyjskich Żydów od czasów inkwizycji do naszych dni 1492-1992*. Warszawa, Cyklady.
- MORENO, Harry (2005) *Caminando y hablando. La historia real de una familia sefardí*. Barcelona, Dèria.
- PÉREZ, Joseph (2005) *Los judíos en España*. Madrid, Marcial Pons.
- ZIEMNY, Aleksander, ed. (1996) *Poeci Złotej Ery*. Warszawa, Fundacja SHALOM.